

Sant Cugat del Vallès, 22 de abril de 2022

«¡Qué alegría cuando me dijeron: vamos a la casa del Señor!»

Salmo 122

Queridas Hermanas y queridos miembros de MFA:

El portón que cruzó Madre Alberta, el 23 de abril de 1870, sigue acogiéndonos hoy y sigue invitándonos a entrar en la Casa Madre de la Congregación que ella fundó para expresar allí nuestra **alegría**, nuestro **agradecimiento** y nuestra **esperanza**.

Primero: Nuestra alegría

Los que han pasado mucho tiempo sin regresar a su lugar de origen, al lugar de su infancia, a su casa natal, saben bien que, antes de llegar, suele producirse una cierta emoción y algunas preguntas del estilo: ¿Cómo voy a encontrarlo? ¿Habrá cambiado? ¿Seguirá tal objeto, tal mueble, en el mismo sitio? ¿Me reconocerán las personas que encontraré?

Al recordar la entrada de Madre Alberta en Can Clapers, en este tiempo pascual, os invito a pedir la gracia de sentir esa emoción, esa alegría, que se siente al llegar a un lugar querido, a un lugar de referencia. El Señor se hizo presente para Alberta Giménez en este lugar concreto –el Real Colegio de la Pureza de María en Palma de Mallorca–, al igual que se apareció a los apóstoles en su lugar de trabajo, junto al mar de Galilea, y quiso hacerse presente en la tarea que entusiasmaba a Alberta: la educación y la formación de las nuevas generaciones.

Podemos preguntarnos: ¿En qué lugar concreto conocí a la Pureza por primera vez? ¿Qué colegio, qué centro, es para mí el lugar al que regresar en mi memoria para sentirme en casa, para sentirme parte de esta gran familia? ¿Qué sentimientos puedo recuperar de ese primer encuentro?

«Alegrémonos en Dios y no queramos ni deseemos más que hacer y que se haga siempre en nosotras su santa voluntad» (M. Alberta, *Cartas*, n. 80).

Segundo: Agradecimiento

A los lugares que recordamos suelen ir ligadas también ciertas personas. Si nos detenemos, podemos traer a la memoria los nombres y los rostros de tantas personas que hemos conocido en la Pureza, personas que nos ayudaron a crecer en la fe, a ser mejores, a superarnos, esa «gran nube de testigos» (Hebreos 12,1) que forman parte de nuestra historia y que nos acompañan, algunas ya en el Cielo, otras en la distancia, otras junto a nosotros.

El paso que dio Madre Alberta al responder a la llamada del obispo Salvá ha tenido consecuencias en nuestra vida, de su mano muchos hemos aprendido a conocer y a amar más a Dios. Os invito a pedir la gracia de reconocer los beneficios de Dios y que, de ese conocimiento, brote la acción de gracias por la vida de la Madre, por la vida de tantas personas que han compartido su carisma.

Podemos preguntarnos: ¿Qué agradezco de la vida de Madre Alberta? ¿Qué momento de su vida ha dejado una huella en mí?

«Debemos escribir las ofensas en la arena; los beneficios en el mármol; para olvidar las ofensas y ser agradecidas» (M. Alberta, *Pensamientos Espirituales*, n. 414)

Tercero: Esperanza

Volver - físicamente o con la imaginación - a los lugares emblemáticos de nuestra historia puede ayudarnos a recuperar aquello que permanece, aunque pase el tiempo. Si nos reencontramos con lo esencial de nuestra vida podremos llenarnos de esperanza para recorrer nuevos caminos, equipados con esa sabiduría que hemos heredado gratuitamente.

Un día como hoy, Alberta Giménez, puso toda su confianza en Dios y dio un paso decisivo en su historia. Os invito a pedir la gracia de esperarlo todo de Dios, de que sea Él el centro de nuestra vida. Él es el que nos une, el que nos hace hermanos, el que cuenta con nosotros para hacer mejor nuestro mundo.

Podemos preguntarnos: ¿Qué inspiración recibo de la vida de Madre Alberta? ¿Qué paso podría dar hoy para vivir con esperanza mi misión en este mundo?

*«Esperémoslo todo de Dios por quien trabajamos y busquémosle solo a Él»
(M. Alberta, Cartas, 101).*

Os deseo que la fiesta de mañana la podamos vivir con **alegría**, con **agradecimiento**, con **esperanza**.

En Sant Cugat del Vallès, D.m., tendemos la alegría de la profesión perpetua de la Hna. Ana Muñoz Gallés. Os pido para ella una oración especial. Su consagración al Señor es un don para la Iglesia y para nuestra familia de la Pureza, un signo del Amor de Dios Padre providente que cuida de todos sus hijos.

Continuemos rezado por la paz y sigamos evangelizando por el mundo con ¡Confianza y buen ánimo!

Un fuerte abrazo a todos,



H. Elisa Inglés Farrell
Superiora general